

que no se pudo oír nada. Al fin, el primo de Larnelle consiguió colocarse sobre un poste, y entonces todos se callaron.

—¡Ciudadanos de Lieja! exclamó, ¡a las armas! Nuestro señor burgomaestre ha sido asesinado. ¡A las armas! ¡a las armas!

El grito provocador fué repetido al instante mismo por veinte mil bocas; cada uno se precipitó por su lado, y á poco los que se habían armado primero volvieron contra la casa, mientras los demás corrían por las calles gritando:

—¡Sus, sus, ciudadanos de Lieja! ¡A las armas, á las armas! ¡El señor burgomaestre ha sido asesinado!

Entonces, como una inmensa marea, toda la ciudad chocó contra las paredes del edificio pronunciando horribles imprecaciones de venganza. Los unos se lanzaban contra la puerta con palancas y vigas, los otros se arrojaban á nado á fin de atravesar el brazo del Mosa, y penetrar por los jardines. Warfusée escuchaba todos aquellos ruidos de muerte, como un hombre sentenciado ya; Grandmont le miraba con una sonrisa de compasión.

En aquel momento vió el conde á Jasper, el guardia de Larnelle, y dirigiéndose á él precipitadamente,

—Jasper, amigo mio, le dijo, tú que eres conocido, sube á la verja y díles que el burgomaestre ha sido asesinado porque era un traidor.

Jasper subió á la verja, pero en lugar de decir lo que el conde deseaba:

—Señores ciudadanos, gritó, ¡valor, valor! han asesinado á mi señor, y ahora aquí los teneis temblando.

—No yo, dijo Grandmont.

—¿Qué estás diciendo, mi buen Jasper? dijo Warfusée.

—Dice que sois un cobarde, replicó Grandmont, y dice la verdad. Entraos, y dejadme defenderme con mis hombres.

Warfusée obedeció.

Grandmont, desembarazado del conde, llamó entonces á algunos soldados á su rededor, y se preparó á hacer resistencia.

En tanto, los convidados, encerrados en el salon del piso bajo, oían los alaridos de los ciudadanos, y juzgando por el ruido creciente que las cosas iban mal para Warfusée, recobraban ánimo, mientras que los soldados, por el contrario, dándose con el codo, mirándose de lado y hablando bajo entre sí, perdían su seguridad. Entonces el señor de Saisans, dirigiéndose á ellos:

—Amigos míos, dijo, somos vuestros prisioneros, respondeis de nosotros con vuestras cabezas: custodiadnos bien, é impedid que nos suceda desgracia alguna; protegédnos contra el conde de Warfusée, y por nuestra parte, si los ciudadanos son mas fuertes, os protegeremos de ellos.

—Es cosa convenida, respondieron los sol-

dados, y cerraron por dentro la puerta del salon.

Al mismo tiempo y de repente, se oyó un gran ruido seguido de algunos disparos de fusil; eran los ciudadanos que acababan de escalar las paredes del jardín. Al mismo tiempo resonó en el patio el mismo ruido; era forzada la puerta, y la oleada que batía las paredes comenzaba á entrar en la casa.

Entonces el abate Mouzon se lanzó á una ventana, y viendo llenarse el patio de ciudadanos:

—¡Señores! gritó, salvadnos; Sebastian Larnelle ha sido asesinado, y nosotros estamos en peligro de morir.

En aquel momento el abate Mouzon sintió que le abrazaban sus rodillas; se volvió á mirar: eran las dos hijas de Warfusée que le estaban implorando.

A su llamamiento los ciudadanos habían redoblado sus esfuerzos; Grandmont hizo una resistencia desesperada, mas al fin cayó herido de un balazo, y pasaron sobre su cuerpo. En un momento estuvieron rotas todas las puertas; el señor de Saisans, para cumplir su promesa, quiere proteger á los soldados, pero son destrozados antes que haya logrado hacerse oír: el abate Mouzon, para salvar á las hijas del asesino, tiene que cogerlas en sus brazos y llevarlas él mismo hasta el Mosa; aquí las confía á algunos ciudadanos, que las llevan á la casa ayuntamiento.

En tanto, el señor de Saisans ha tomado un arcabuz de manos de uno de los muertos, y se pone á la cabeza del populacho, que dirige, porque espera que acaso Larnelle todavía vive, y que será posible salvarle. Lánzase hácia la parte á donde ha oído los gritos; una puerta está cerrada; empujan veinte brazos, la puerta cede, y ven á Larnelle desfigurado, cubierto de heridas, y completamente muerto.

Ya no es entonces la justicia, ya no es la cólera, es la rabia. Preguntan donde está el conde, le llaman, le buscan, quieren hacerle pedazos, todos tienen sed de una gota siquiera de su sangre. De repente, de una habitación donde van á entrar, parte una descarga de fusilería que hiere y mata á muchos ciudadanos. Unos veinte soldados españoles están atrincherados en aquella habitación: una voz los anima á defenderse: esta voz es la de Warfusée. De modo que está allí, no ha huido, le cogerán muerto ó vivo: está bien.

Todos acuden allí, se oprimen, se apresuran: los soldados españoles hacen otra descarga; los cadáveres obstruyen la puerta; los ciudadanos responden gritando:

—¡Warfusée, Warfusée!

Entonces uno de los soldados cree hallar un medio de salvarse.

—Si se nos perdona la vida, os le entregamos, grita el español.

—¡Warfusée, Warfusée! gritan todas las bocas,

—Vedle aquí, exclama el soldado arrebatándole del lecho donde está tendido.

—¡Amigos míos, amigos míos! grita el conde agarrándose á los colchones.

—¿Dónde está, dónde está? pregunta el primo de Larnelle, que se lanza dentro de la habitación.

—Vedle aquí, dicen los españoles, tomad, apoderaos de él.

—¡Amigos míos! exclama el conde abrazando las rodillas de los ciudadanos, conducidme al ayuntamiento, á la presencia del segundo burgomaestre.

—Si, si, ven, vamos á conducirte allá, contestan á gritos los ciudadanos que le arrastran.

—¡Aquí está, aquí está! dicen todos á una voz.

—¡Que muera, que muera! ¡la muerte al asesino!

En aquel momento los ciudadanos que habían cogido á Warfusée llegaban á la escalera del patio; llenaba este el pueblo que gritaba: ¡muera, muera! Impelieron al prisionero, que bajó rápidamente los escalones y cayó de rodillas; al mismo tiempo se lanza un ciudadano sobre él y le hiere de una estocada. Warfusée arrojó un tremendo grito, quiso levantarse para volver á subir los escalones, mas cuando ponía el pie en el primero, le derribó en tierra un hachazo. Desde aquel momento no se vió ya nada mas: el populacho cayó sobre él como una jauría, le arrancaron los vestidos, le pisotearon, le horadaron el talon, atravesaron por el agujero una correa, y le arrastraron por las calles, cuyo polvo convertía en barro con su sangre: pónese su cuerpo en lo alto de un patíbulo levantado en la puerta del Mercado, córtanle en seguida la cabeza y las manos, y van á clavarlas en las distintas puertas de la ciudad; en fin, queman su cuerpo, y sus cenizas son arrojadas al Mosa.

De este modo se entretuvo el populacho tres dias enteros con aquel cadáver, hasta que ya nadá quedó de él, habiendo desaparecido hecho polvo su último átomo.

En cuanto á Sebastian Larnelle, su cuerpo permaneció espuesto muchos dias con el rostro y pecho al descubierto, á fin de que pudieran verse sus heridas, en la nave de la catedral, á donde hombres, mugeres y niños iban devotamente á rezar sus plegarias: despues se le depositó al lado de su antiguo amigo Beckmaun; y sobre el sepulcro de los dos mártires, los diferentes gremios de oficios, inclinando sucesivamente sus estandartes, juraron en nombre de Dios, de Nuestra Señora y de San Lambert, patron de la ciudad de Lieja, morir si fuere necesario, como ellos habían muerto, por la conservación de sus privilegios y libertades.

En 99 se abrió el sepulcro de Larnelle: el cuerpo había permanecido intacto, en el mismo estado que cuando se le depositó allí mas de siglo y medio hacia.

Lo cual hizo creer á un gran número de gentes, que no solo era un mártir, sino tambien un santo.

AIX-LA-CHAPELLE.

Los liejeses cumplieron el juramento que habían hecho sobre la tumba de Larnelle, porque de 1737 á 1794, su existencia no fué mas que una lucha prolongada contra sus obispos; en 1794 nos apoderamos de Lieja é hicimos de ella la capital del departamento del Ourthe. En 1815, fué comprendida en la circunscripción del nuevo reino de los Países Bajos. En fin, en 1830, habiendo hecho por su parte su pequeña revolucion, se separó de la Holanda y se encontró de grado ó por fuerza, reunida á sus buenas amigas Brujas, Gante, Amberes y Bruselas. El público ha podido juzgar de la afección que les concede.

Por lo demás, desde donde nosotros estábamos, en aquella azotea, en donde yo acababa de disfrutar á la vez de tan buen almuerzo y tan excelente curso de historia, me encontraba maravillosamente colocado para ver, sin molestarme, todos los sitios donde habían acaecido los hechos importantes que el señor Polain acababa de referirme. Así, desde aquel punto situado al pie de la ciudadela, tenia á mi izquierda á Herstal, cuna de los reyes de la segunda raza, donde nació Pepino el Craso, padre de Carlos Martel, y abuelo de Pepino el Breve, y al extremo derecho, el castillo de Ranigulo, de donde Godofredo de Bouillon partió para Tierra Santa. Despues colocados entre estos dos grandes recuerdos, yendo siempre de izquierda á derecha, del Sur al Oeste, mas allá del Ourthe, al punto desde el que Boufflers bombardeó la ciudad en 1694: del lado del Mosa, casi á mis pies, al extremo de la calle Hors-Chateau, la iglesia de San Bartolomé, la mas antigua de Lieja; dirigiendo seguidamente mi vista al Ourthe, el puente de Amerceur, desde donde el duque de Borgoña hizo arrojar á los ciudadanos sublevados, y que ha conservado de este triste recuerdo su doloroso nombre. Mas allá de este puente, el barrio de donde Dumouriez, en 92 desalojó á los imperiales, y que estos quemaron al retirarse, el cual reconstruido por el primer consúl, conservó por algun tiempo el título de barrio Bonaparte, tomando posteriormente el de barrio de Amerceur, por haber dejado un recuerdo mas indeleble la antigua catástrofe que el reciente beneficio: luego, sobre el muelle, por bajo de la iglesia de San Bartolo-

mé, la casa del señor Curtio, con sus trescientas sesenta y cinco ventanas, con su historia completa y su diabólica tradición. El palacio de Justicia, en otro tiempo el palacio del príncipe obispo, con un lindo patio rodeado de columnas del siglo XIV y su retrato de Guillermo de la Marck, el famoso Jabali de las Ardenas, esculpido en el cuarto pilar de la derecha, entrando por la plaza de San Lambert. Después, mas allá de la Universidad, entre el Seminario y el barrio de Avoy-Saint-Jacques, la maravilla de Lieja, con su arquitectura á la vez gótica y árabe; San Pablo, convertido en catedral desde 1793, época en que los cedió á San Lambert, la antigua metrópoli, que cayó como caían las reinas en aquel tiempo, derribadas por el pueblo. San Juan y su torre bizantina, la casa de Warfusée, de sangrienta memoria, de que no queda junto al Mosa mas que la poterna por donde entraron los españoles. En la misma línea, y mas allá del barrio de San Gil. Los benedictinos de San Lorenzo que no deben confundirse con los de San Mauro, famosos los últimos por sus crónicas históricas, y los primeros por su crónica escandalosa. Mas allá la iglesia de San Martin; la primera en que por las súplicas de una religiosa, llamada sor Juliana, que habia soñado ver la luna dividida, permitió el papa la institucion del *Corpus*, que se difundió por todo el mundo cristiano y que no ha cesado todavía en Francia. En fin, la casa de campo donde el obispo Enrique de Gheldres se vanagloriaba de haber tenido veinte y nueve bastardos en un año, y que de aquella proeza monacal ha conservado el nombre de Bastardasia.

Después de haber abrazado todo el conjunto de la ciudad, espresé al señor Polain mi deseo de examinar algunos detalles. Entonces con su ordinaria complacencia me ofreció acompañarme; era muy excelente *ciceroni* para que no lo aceptase, á riesgo de ser indiscreto.

A medida que andábamos, me hizo notar que Lieja era acaso la ciudad que ha bautizado sus calles y barrios con mayor número de nombres propios; en efecto, atravesamos sucesivamente las calles de Lannelle, Gretry y Berthollet (4) y esperaba que se llamase calle de Robertson, ó calle Temida, la primera que se abriese; esto es tanto mas meritorio cuanto que Lieja es una ciudad completamente industrial, y por esta cualidad es preciso agradecerla no haya despreciado soberanamente todo lo que sea historia, arte ó ciencia.

Terminada nuestra correría, fui á arreglar mis cuentas con la fonda de Albion, y no encontré mas que á la criada. Pregunté lo que debía y se me respondió que veinte y siete francos.

(4) Este es el Berthollet en quien La Brinvilliers ensayó algunos de sus venenos y que le sirvió algun tiempo de amante y de alambique.

Me pareció esto algo caro por una noche tan solo pasada en una posada; así aventuré algunas observaciones acerca de la suma; mas entonces la doncella Vergenia me hizo notar que habia dado treinta sus al comisionista que habia llevado mi equipage. Reconocí la verdad del dicho; pero este adelanto por mas lisonjero que fuese, como prueba de confianza, no reduciría la cuenta mas que á veinte y cinco francos y cincuenta céntimos. Me permití, pues, insistir de nuevo pidiendo detalles.

—Pero, dijo la joven, el señor ha pedido de cenar ayer noche.

—Verdad es, respondí, pero no me han servido la cena.

—Y esta mañana el señor ha pedido un carruage.

—Tambien es verdad, pero no se ha encontrado.

—¡Ah! eso no obsta, respondió la doncella.

Permanecí un instante confundido bajo la lógica de aquel razonamiento; pero no dándome por convencido, quise hablar á la huéspeda.

—¡Ah! eso es imposible, me respondió la criada, es el dia de devocion de la señora: está rezando.

—¿Y el señor Valentin?

—Ha ido por los huevos.

Me volví hácia el señor Polain.

—¿A qué hora marcha el vapor de Aix-la-Chapelle? le pregunté.

—Dentro de una media hora próximamente, me respondió.

Vi que no tenia tiempo de entablar un pleito con mi huésped; arrojé treinta francos sobre la mesa y salí.

—Gracias, señor flamenco, dijo la doncella acompañándome hasta la puerta.

Cogí mi album y escribí: *Errata*: en lugar de: *Lieja á VISTA DE PAJARO*: léase: *Lieja VISTA A ROBO DE POSADA* (4).

Llegamos al patio de las diligencias precisamente en el momento en que enganchaban los caballos al carruage. Felizmente quedaban tres asientos de interior. Corro al despacho y tomo un billete: iba á meterle en el bolsillo sin leerlo, cuando el señor Polain me indicó le dirigiese la vista.

Para mayor comodidad de los viajeros, estaba redactado mitad en alemán, mitad en francés; vi en él que tenia el cuarto asiento, y que me estaba prohibido cambiar con el de mi lado, aun con su consentimiento. Esta disciplina completamente militar, mas aun que la jerga infernal del postillon, me hizo conocer que íbamos á entrar en los dominios de S. M. Federico Guillermo.

(4) El autor usa de un equivoco cuyo equivalente no tenemos en español. *Vol* significa en francés *robo* y *vuelo*, de modo que en el original dice: *Liege vu á VOL D'OISEAU*; *liser*: *Liege vu á VOL D'AUBERG*. (N. del T.)

Abraqué al señor Polain y me instalé en mi asiento. A la hora fijada partió el carruage.

Como yo tenia un rincon, la trania de S. M. el rey de Prusia no me parecia muy insoportable, y aun debo confesar que me dormí con un sueño tan profundo como si hubiera recorrido el pais mas libre de la tierra; mas á las tres de la madrugada próximamente, es decir, al amanecer, me despertó la inmovilidad misma del carruage.

Al principio creí que seria un accidente cualquiera, que nos habíamos enganchado ó atollado, y asomé la cabeza por la portezuela. Me engañaba, ningun accidente habia sucedido, y estábamos solos en el mas bonito camino del mundo.

Saqué mi billete del bolsillo y le volví á leer desde el principio al fin, y habiéndome asegurado de que no me prohibia hablar al que estaba á mi lado, le pregunté si hacia ya mucho tiempo que estábamos detenidos.

—Hace unos veinte minutos, me dijo.

—Y, sin que sea indiscrecion, continué, ¿puedo preguntaros qué es lo que hacemos aqui?

—Esperamos.

—¡Ah! esperamos. ¿Y qué esperamos?

—Esperamos la hora.

—¿Qué hora?

—La hora en que tenemos derecho de llegar.

—¿Pues qué, hay hora señalada?

—Todo se fija en Prusia.

—¿Y si llegásemos antes de esa hora?

—Seria castigado el conductor.

—¿Y si despues?

—Seria castigado tambien.

—¡Oh! eso está muy bien dispuesto.

—Todo está bien dispuesto en Prusia.

Me incliné en señal de asentimiento; por nada de este mundo hubiera yo querido contrariar á una persona que me parecia tener tan íntima conviccion política, y que por lo demas respondia de un modo tan complaciente y lacónico á mis preguntas. Mi aprobacion pareció agradarle, esto me animó y continué:

—Perdonad, caballero, mas ¿cuál es la hora en que el conductor debe llegar á Aix-la-Chapelle?

—A las cuatro y treinta y cinco minutos de la mañana.

—¿Pero y si mi reloj se atrasa?

—Los relojes no se atrasan nunca en Prusia.

—Explicadme algo acerca de eso, me causará mucho placer.

—Es muy sencillo.

—Veamos.

—El conductor tiene bajo llave, frente á su asiento, en su cabriolé, un reloj arreglado por el de la casa de diligencias. Sabe que á tal hora debe estar en tal aldea, á tal hora en tal otra, y apresura y detiene á los postillones,

de modo que entra en el patio de las diligencias á las cuatro y treinta y cinco minutos.

—Siento muchísimo molestaros como lo hago, caballero, pero os conducis con tanta amabilidad....

—Decid, caballero.

—Pero con todas esas precauciones, ¿en qué consiste que nos vemos obligados á esperar?

—Es que el mayoral ó conductor habrá hecho como vos, se habrá dormido, y el postillon se habrá aprovechado de ello para andar mas de prisa.

—¡Oh! entonces voy á aprovecharme de esta parada para bajar un poco del carruage.

—En Prusia no se baja nadie del carruage.

—¡Ah! eso es muy cómodo; y sin embargo, yo tenia deseo de ver aquel castillo que está del lado vuestro.

—Ese es el castillo de Emmaburgh.

—¿Y qué es el castillo de Emmaburgh?

—Donde sucedió la aventura nocturna de Eginhard y Emma.

—¡Ah! ciertamente. Tened la bondad de cambiar de sitio conmigo, que lo vea al menos por la portezuela.

—Lo haria con el mayor placer, caballero, pero no se cambia de asiento en Prusia.

—¡Oh, caramba! eso es justo. ¡Y yo que lo habia olvidado! Dispensad, caballero, no he dicho nada.

—Estos diálogos de franceses ser muy habladores, dijo sin abrir los ojos un corpulento alemán que estaba colocado con mucha gravedad en el rincon frente á mí, y que no habia desplegado sus labios desde nuestra salida de Lieja.

—¿Qué decis, caballero? repliqué volviéndome apresuradamente hácia él, muy medianamente satisfecho con su observacion.

—No decir cho nada.

—Hacedis muy bien en dormir, mas no soñeis en voz alta. O si soñais, hablad en vuestro idioma materno.

El alemán se puso á roncar.

—Postillon, *vor warts!* gritó el conductor.

La diligencia partió al gran galope. Me apresuré á dirigir una mirada por la portezuela para descubrir al menos las poéticas ruinas que acababa de indicarme mi político vecino; desgraciadamente, el camino hacia un recodo y ya habian desaparecido.

A las cuatro y treinta y cinco minutos, ni un segundo mas, ni un segundo menos, entráramos en el patio de la casa de diligencias. Pocas ciudades corresponden á la idea que nos hemos formado de ellas por su nombre ó por el papel que representan en la historia; bajo este concepto estaba acostumbrado á los desengaños, pero confieso que cuando llegué á las cuatro de la mañana á la plaza del Ayuntamiento, cuando vi elevarse el sol por detrás del monumento del burgomaestre Choro, cuan-

do vi desierta aquella gran plaza, en la que se elevaba como un espectro de bronce, la estatua del anciano emperador, con su águila rara de erizadas plumas, forzoso me fué reconocer la capital de los reyes francos, y saludar con respeto la ciudad imperial, como la llaman todavía hoy sus habitantes.

No haremos la historia de Aix-la-Chapelle. Una sombra colosal se levanta entre la ciudad moderna y la ciudad antigua; esta es la de Carlo-Magno, que nació en ella en 742, y murió allí en 814. Parece que en aquella ciudad no había nada antes, y que no hubo nada después.

Es que Carlo-Magno, ó mas bien Karl, el Grande, verdadero rey teuton, amaba á Aix-la-Chapelle, su ciudad alemana, mucho mas que á París, su ciudad francesa. Así, todavía hoy, Aix-la-Chapelle está toda llena con sus recuerdos, y no hay una antigua piedra á que el pueblo no una el recuerdo de su antiguo emperador.

LAS PEQUEÑAS Y LAS GRANDES RELIQUIAS.

Mi primera escursión al salir de la fonda del Gran Monarca, que había elegido para mi residencia, fué á la gran plaza que había atravesado al salir el sol, y que volvía á ver en toda la plenitud de su estilo. La estatua del emperador Carlos, del género de la época de Maximiliano; su antigua águila de bronce con plumas de un color oscuro y erizadas; su palacio macizo del siglo XIV, con su torre de Granus y la del Mercado, constituyen efectivamente la ciudad donde se coronaron todos aquellos emperadores, espectros históricos que se nos aparecían en sueños, arrastrando en la noche del pasado sus sudarios de bronce.

Como decíamos, el ayuntamiento, edificado en el siglo XIV por el burgomaestre Choro, está situado en el mismo sitio en que debía construirse el palacio del grande emperador. Ninguna parte del edificio data de aquella época, es verdad, pero al echar en 1730 los cimientos de su inmensa escalinata, descubrió el arquitecto Conven, á una profundidad de quince pies, una vasta escalera circular, que por la solidez de su construcción podía con alguna seguridad hacerse remontar al siglo VIII. Este descubrimiento cambió en convicción la probabilidad tradicional de que el ayuntamiento gótico estaba situado en el sitio mismo en que se elevaba el palacio romano.

Aquel palacio del ayuntamiento, muy notable por lo demás, al exterior, no conserva

en lo interior ningún gran recuerdo particular; por otra parte, el tiempo y las necesidades del consejo municipal, han cambiado sus disposiciones; el salón de la coronación de los emperadores, que tenía ciento sesenta y dos pies de largo, se ha creído demasiado grande, y hoy está dividido en dos por un tabique: parece que se ha acomodado á la talla de los que le ocupan.

La antigua catedral, aunque ha sufrido algunos cambios sucesivos, continúa siendo, sin embargo, la catedral construida por Carlo-Magno. Se entra en ella por la misma puerta que entró el lobo, y el animal espiatorio está todavía sentado á la izquierda del pórtico, sobre su pedestal de bronce, en memoria del servicio que prestó á la ciudad. Cuando pasó Napoleón por Aix-la-Chapelle, el moderno Carlo-Magno le tocó con la punta de su espada, y fué enviado á París con las columnas de granito que sostenían la rotunda del templo; frente al lobo está en una columna paralela á la suya, una enorme pila de bronce, cuya significación ignoro completamente. Acerca de esto hice muchas preguntas á los habitantes, pero generalmente me respondían que era el alma del pobre lobo (1). A falta de explicación mejor, forzoso me fué contentarme con esta.

Entré en la catedral: en medio del octógono está la tumba de Carlo-Magno, es decir, una piedra colosal á flor de tierra con esta sencilla inscripción: CAROLO-MAGNO. Encima de ella hay una araña enorme de plata, que tiene la forma de una corona: es un presente de Federico I á la iglesia, ó mas bien, un homenaje á la memoria de Carlo-Magno.

Desgraciadamente para el poeta ó el historiador que van á inclinarse ante ella, aquella tumba no es mas que un sarcófago; y aun había desaparecido completamente, y borrado de la superficie por dos invasiones sucesivas de normandos, se ignoraba hasta el sitio donde yacía el grande emperador cuando en 997 mandó Othon III hacer escavaciones, y al fin volvieron á descubrir el panteón; estaba tal como cuenta la crónica, con su pavimento de oro, tapizado con banderas, y su anciano emperador sentado. Sea piedad ó impiedad, Othon puso su mano en Carlo-Magno; su cuerpo fué depositado en una urna de plata. El trono en que estaba sentado se sacó del sepulcro, así como la cruz de oro, la corona, el globo, el libro de los Evangelios y la espada, cuyos objetos sirvieron después en la coronación de los emperadores, y que en medio de las revoluciones sucesivas, se han extraviado, de modo que de todo aquello no queda mas que el trono, y aun este despojado de la hoja de oro que le cubría; la misma lápida del sepulcro desapareció, y fué reemplazada por la que hay hoy, encontrándose la primera en la pared de la parte izquierda de la iglesia.

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

Mientras que con la cabeza inclinada sobre la losa cineraria del antiguo emperador, recordaba algunos versos del precioso monólogo de Carlos V, se me acercaron dos hombres ofreciéndose á enseñarme uno el trono, y el otro las pequeñas reliquias; pregunté si no podía entenderme para todo con uno mismo, sabiendo las consecuencias desagradables que ocasiona de ordinario para la bolsa del viajero ese cambio de cicerones. Mas me respondieron que el trono pertenecía al sacristán, y las pequeñas reliquias al pertiguero. Esta división de empleo me pareció tan bien hecha, que comprendiendo que no daba lugar á reclamación, dije al pertiguero me esperase y seguí al sacristán.

Me hizo subir por una escalera de piedra al piso principal, llamado Hochmünster. Aquí es donde está aquel famoso trono de que tanto se habla en las crónicas, en el que estaba sentado Carlo-Magno en su panteón, y en el que, en memoria de este hecho, se sentaban los emperadores el día de su coronación. Está cubierto con una tapa de tablas que se abre por medio de una llave; no, ¡ay! para conservar las planchas de oro que le cubrían, porque según dijo el guía, las necesidades de la iglesia han obligado al cabildo á venderlas, sino para sustraerle á las miradas de los curiosos, que si podían verle gratis privarían con esa facilidad al sacristán de los únicos gages que probablemente le proporciona la iglesia.

Es un gran sillón de mármol macizo, de forma romana, como los que se ven hoy todavía en ciertas basílicas, colocado sobre cinco escalones, y que debe efectivamente ser de la época cuya fecha lleva. Mi sacristán viendo la veneración con que yo le miraba, me dijo, que el emperador Napoleón no se había atrevido á sentarse en él; sin duda, añadió, porque era un usurpador; pero que por la noche la emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, había mandado abrir las puertas, subió sola al Hochmünster, y aprovechándose de que en aquella época no estaba todavía el trono encerrado, se había sentado en él irreligiosamente; pero que al punto se oyó un grito, subieron y se encontraron á la emperatriz desmayada.

Al volver en sí había contado que apenas estuvo en el trono se la había aparecido el emperador Carlo-Magno y la había predicho cosas tan terribles, que en parte por espanto del presente y en parte por recelos del porvenir, no había tenido fuerzas para oírlos, y pidió socorro. Mi sacristán no dudaba que en aquella conferencia entre la emperatriz y el espectro se había tratado de Leipsick, de Waterloo y Santa Elena.

Hallábame yo á mi pesar bajo la influencia de las poéticas tradiciones que han acompañado la sombra del antiguo emperador á través de los siglos. Veía á Napoleón negándose á colocarse en aquel trono y á Josefina, la indolen-

te y curiosa criolla, yendo furtivamente á sentarse en él, cuando mi hombre equivocándose sin duda en cuanto á la causa de la atención con que miraba yo el régio sôlito, después de haber inspeccionado el Hochmünster y la escalera que á él conduce, se me acercó y me dijo á media voz que por cinco francos podía sentarme en el trono, y experimentar por espacio de cinco minutos una satisfacción imperial. Era mal elegido el momento para hacerme semejante ofrecimiento; le respondí, pues, que no tenía la pretensión de ser mas atrevido que Napoleón, y que no quería esponerme á la cólera de Carlo-Magno, como había hecho Josefina. Entonces el buen sacristán, que veía se le escapaba la moneda de cinco francos por su misma culpa: movió la cabeza.

—¡Oh! caballero, me dijo, se cuentan una porción de tontunas por ese estilo; pero en el fondo acaso no sea cierto.

Le di tres francos por aquellas tonterías, ciertas ó no, lo cual le consoló un poco al parecer, y me dirigí á donde estaba el pertiguero.

Este sabía mejor su oficio. Antes de entrar en la sacristía, me dijo:

—Caballero, sabéis que ver las pequeñas reliquias cuesta siete francos.

—No, le respondí, no lo sabía; pero eso no importa si esas pequeñas reliquias lo merecen.

—¡Oh! ya lo creo, caballero.

—Y bien! vamos; ¿qué me enseñareis por siete francos?

—Os enseñaré el cingulo de Nuestro Señor Jesucristo, de cuero.

—¿Su verdadero cingulo?

—¡Oh! caballero, ¡ya lo creo! El emperador Carlo-Magno le selló por sí mismo en sus dos extremos con su sello, en prueba de que es el mismo.

—¡Ah! ¡ah!

—Os enseñaré parte de las cuerdas con que fué atado Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Ah!

—Os enseñaré un fragmento de uno de los clavos que sirvieron para clavarle en la cruz; parte de la esponja empapada en hiel y vinagre que sus verdugos le presentaron, y parte de las disciplinas con que fué azotado.

—¿Me enseñareis todo eso?

—Y no es eso todo.

—¡Si!

—Os enseñaré el cinturón de la Virgen, la cabeza de San Anastasio, el brazo con que el gran sacerdote Simeon tuvo al Niño Jesus, la sangre y los huesos de San Esteban mártir, sobre lo que los reyes romanos prestaban sus juramentos; un anillo de la cadena que tenía San Pedro en su prisión, aceite de Santa Catalina, y...

—¡Todo eso por siete francos!

—Si, caballero, es como quien dice, por nada; pero ¿qué quereis? hay tan poca religion